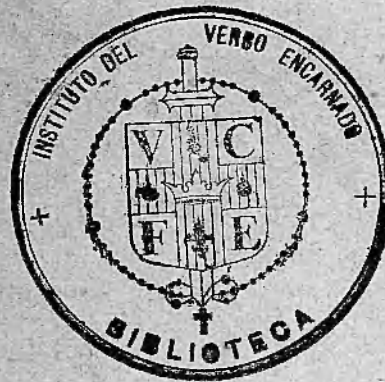


8F

JORDAN B. GENTA

REHABILITACION
DE LA
INTELIGENCIA

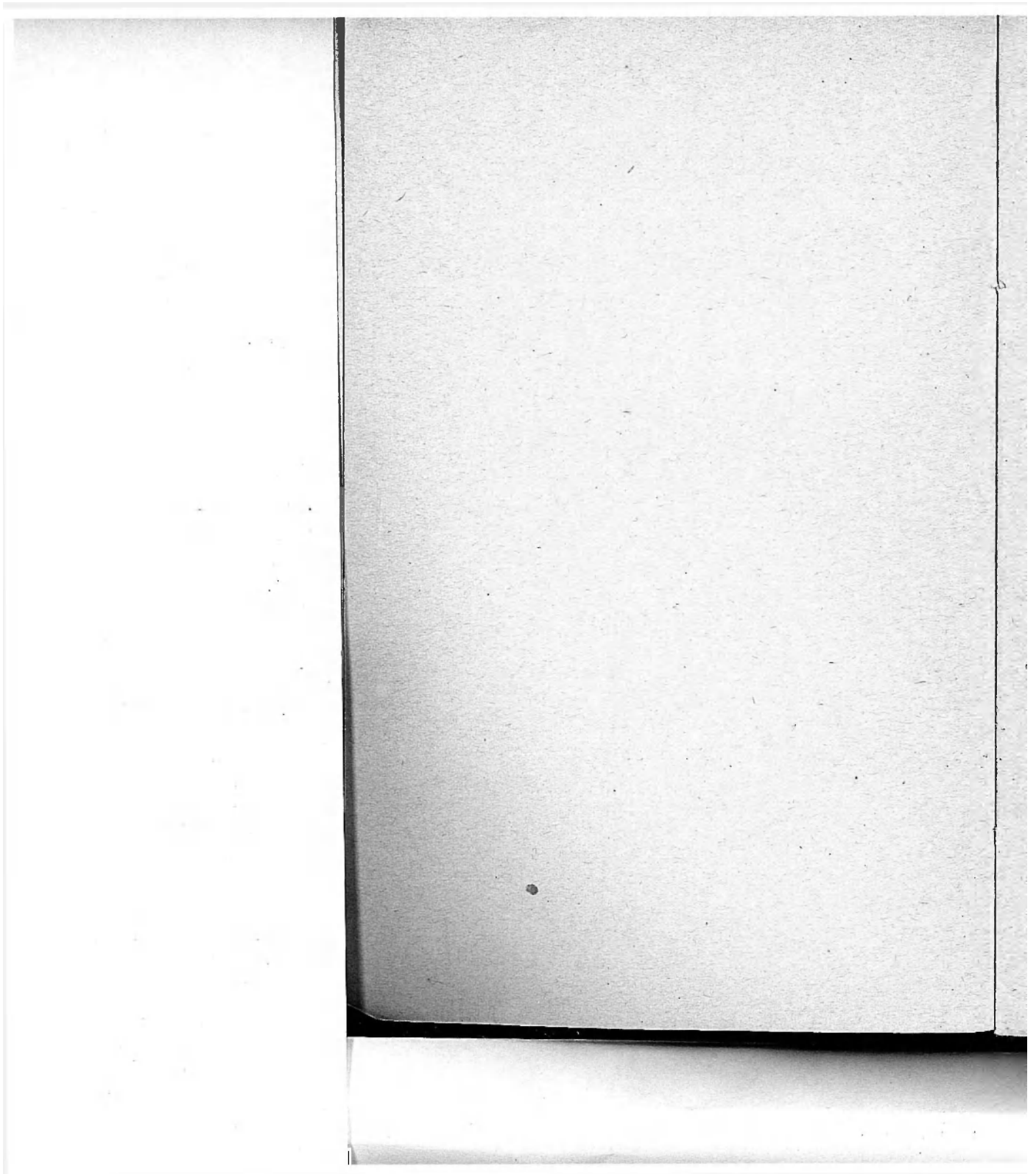


UNIVERSIDAD LIBRE ARGENTINA
BUENOS AIRES * 1946

1.— m/arg.

JO AN B. GENTA: REHABILITACION DE LA INTELIGENCIA

REHABILITACION DE LA
INTELIGENCIA



UNIVERSIDAD LIBRE ARGENTINA
Estudios de Filosofía, Política y Letras

REHABILITACION DE LA INTELIGENCIA

*"Haz que jamás ejecute
acciones sin sabiduría".*

(Santo Tomás de Aquino.)

Conferencia magistral del Prof. *Jordán B. Genta*, en el
acto de inauguración: 15 de abril de 1946.

BUENOS AIRES
1946

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

UNIVERSIDAD LIBRE ARGENTINA

CONSEJO DIRECTIVO

Presidente

PBRO. AMANCIO GONZÁLEZ PAZ

Secretario General

SR. CECILIO J. MORALES

Tesorero

SR. PEDRO CARABALLO RIVERO

Vocales

SR. JULIO DE LA VEGA

DR. CARLOS PERETTI

DR. LUIS SANTIAGO SANZ

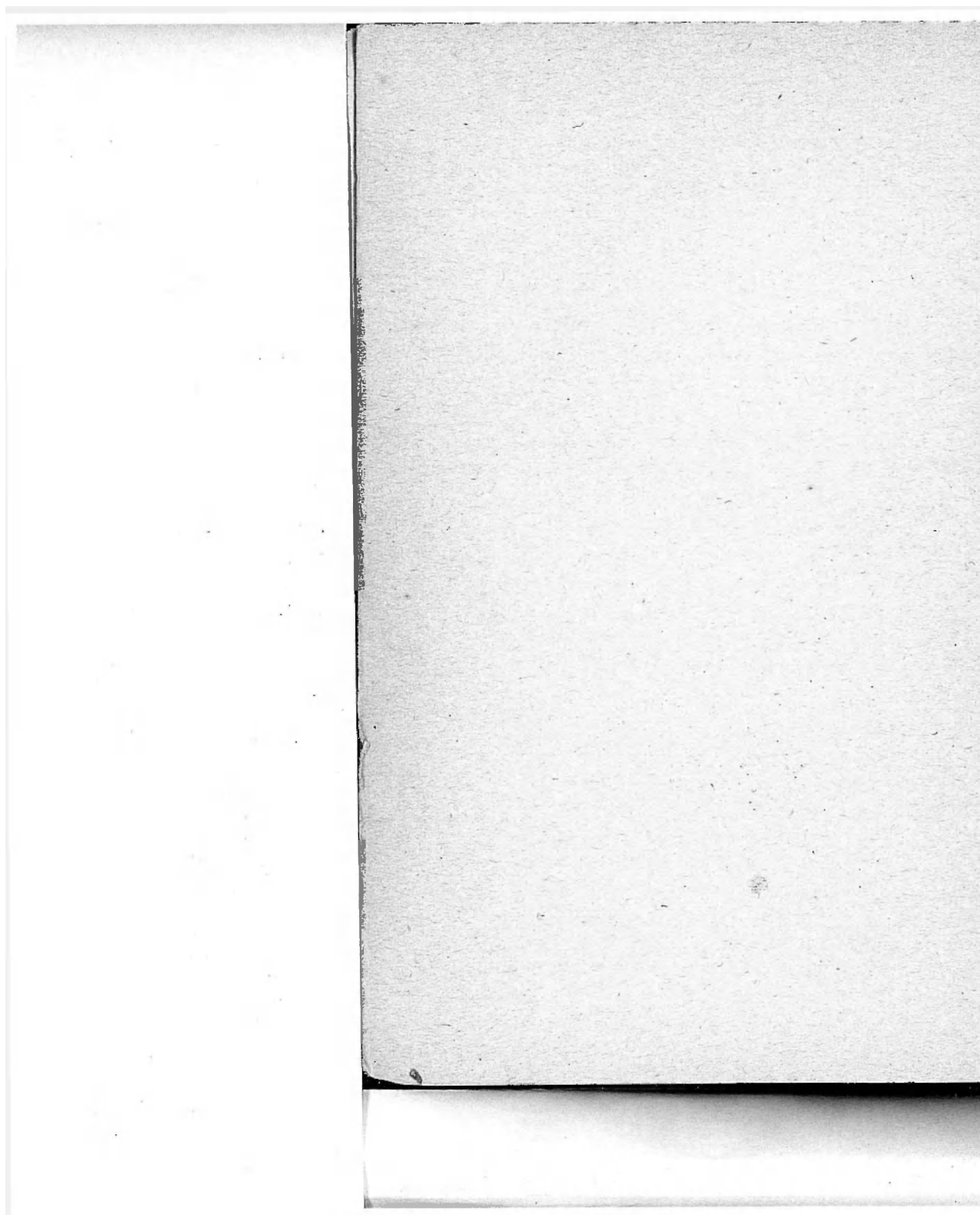
DR. HORACIO JULIO STORNI

CONSEJO DOCENTE

PBRO. AMANCIO GONZÁLEZ PAZ

PROF. JORDÁN B. GENTA

DR. HÉCTOR BERNARDO



UN TELEGRAMA

*Universidad Libre Argentina,
Thames 2432, Bs. Aires.*

*Unidos colegas día inaugural suplico
padre de las luces, Universidad viva
crezca y florezca, perpetua gloria, Dios
y la Patria. - P. González Paz.*





PALABRAS DE PRESENTACION

Un núcleo de personas, impulsadas por una profunda vocación hacia la vida de la inteligencia, nos hemos unido en un modesto esfuerzo para contribuir a la creación de las condiciones necesarias para hacerla posible y fecunda. Por cuanto existen en ese núcleo verdaderos maestros, poseedores de sólida erudición y de la dignidad de vidas ejemplares y estudiantes con un amor desinteresado a la Verdad, hemos creído propio llamar a esta institución Universidad, y la contraponemos a esa construcción de grandes dimensiones materiales pero vacía de Vida y de Verdad, que gravita con su enorme peso negativo sobre la vida argentina.

En una hora en que el mundo desata fuerzas pavorosas cuyo dominio aún es-

tá lejos de poseer y con su magnitud satánica trata de arrasar todos los principios espirituales del Occidente, en momentos en que se produce —esta vez sí— la invasión de la barbarie auténtica que desgarra dolorosamente la vida de nuestra añeja cultura, comprendemos con más fuerza que nunca el valor de la vida interior, como único y último baluarte para salvar los principios que mantendrán nuestra dignidad.

Y en un momento de honda crisis para la Patria, optamos por el trabajo silencioso, pero perdurable, de cimentar su futuro en el espíritu de nuevas generaciones, templadas y fortalecidas en el conocimiento y la admiración de los altos valores de nuestro espíritu tradicional e iluminadas por la sabiduría fundada en los principios eternos del catolicismo.

No es fácil, por cierto, la realización de esta empresa en un siglo mercantilizado y egoísta. No es fácil proclamar la

Verdad y mantenerse fieles a ella cuando los poderosos cimentan su trono en el engaño, cuando existe la persecución sistematizada e implacable al margen de la ley escrita, por encima del poder del Estado, contra quienes pretenden descubrir y enseñar la realidad vedada.

No es fácil hoy que el tiempo apremia y las acciones se dirigen hacia los fines y los frutos inmediatos, retraerse a toda prisa y aplicarse serenamente a la dura disciplina de la vida intelectual.

Sin embargo, este mundo desesperado está sediendo de Verdad. Se han agotado y cerrado ya casi todos los caminos. Se han quebrado muchas esperanzas. Y por sobre el fracaso y la ruina se percibe la única luz que sigue alumbrando.

Por eso tenemos fe en la obra emprendida, y esperamos que muchos nuevos entusiasmos se agreguen a los nuestros para llevarla adelante y hacerlo fructífera.

Por ello también formulo con confianza un llamado a quienes hoy nos

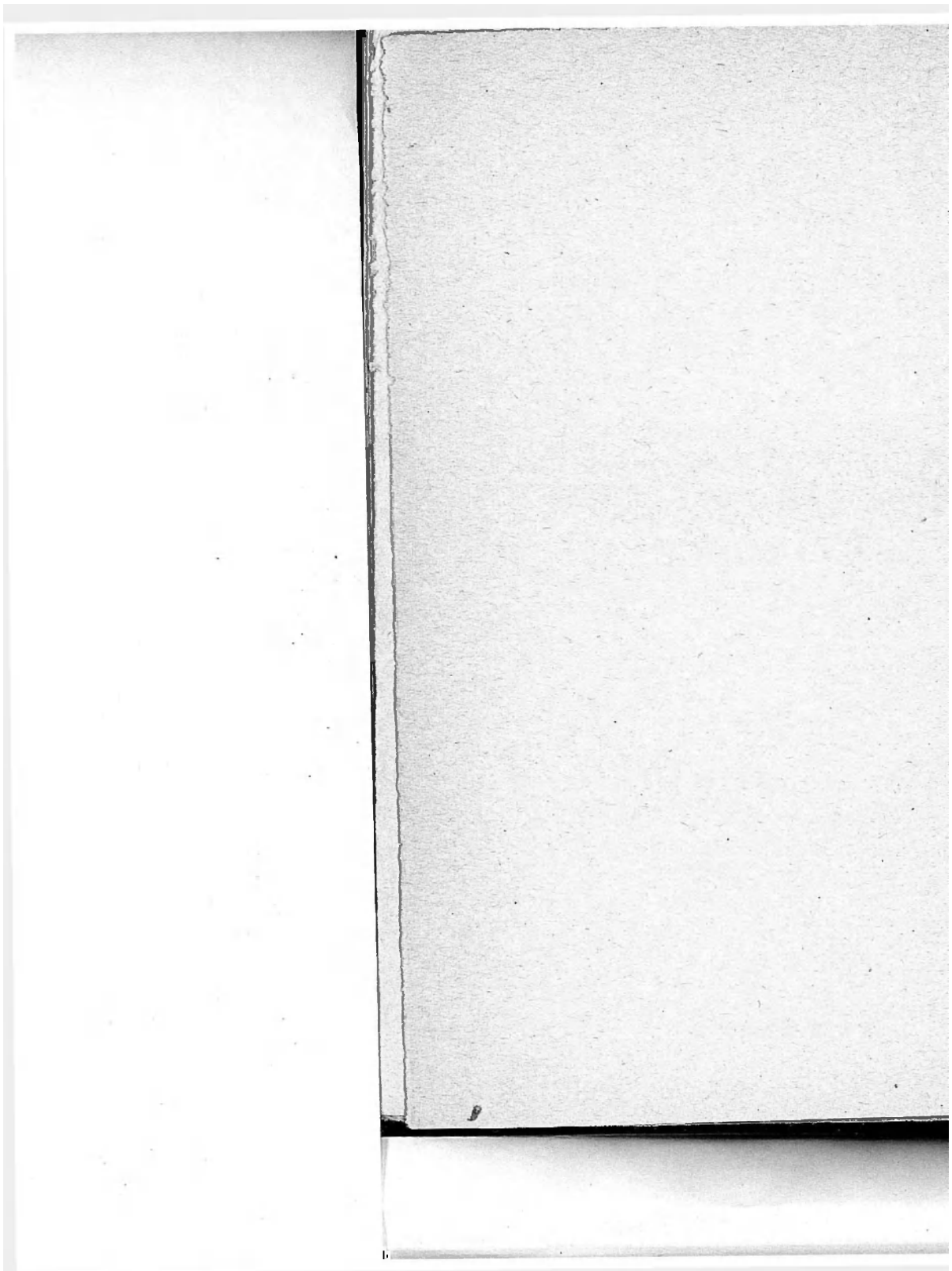
alientan con su presencia: la Universidad Libre Argentina aspira a dar más amplitud y profundidad a su labor por medio de sus publicaciones: revistas, opúsculos y libros. Para arbitrar los fondos necesarios para ello se han emitido quinientos bonos de cincuenta pesos bajo la denominación de aporte de fundación para cuya venta se ha establecido el plazo del año actual. Con este aporte la Universidad habrá logrado la solidez necesaria para su ulterior desenvolvimiento.

Apelo a la generosidad de los presentes y les solicito que a su vez difundan este llamado para hacer posible la obtención de esa suma, modesta por cierto, frente a lo valioso de la obra que ella permitirá llevar a cabo.

Debo formular el público reconocimiento de la Universidad Libre Argentina hacia todos los que en el silencioso y difícil período previo a su fundación trabajaron generosamente e hicieron posible la concreción de esta idea.

Señoras y señores: Invocando la protección del Altísimo, declaro inauguradas las tareas de la Universidad Libre Argentina, y tengo el honor de entregar la cátedra para la primera clase, a un maestro que nos orienta con su inteligencia iluminada en las fuentes de la sabiduría perenne, y nos fortalece con el ejemplo de su vida fiel a esa verdad en una conducta firme en su austeridad, heroica en su abnegación y su sacrificio: el Profesor Jordán B. Genta.

CECILIO J. MORALES



DERECHO DE ESTA INSTITUCIÓN DOCENTE
A LA JERARQUÍA UNIVERSITARIA

Tres razones principales nos han movido a llamar Universidad a esta casa de estudios superiores.

Primero: porque existen en el país, seis Universidades oficiales pero ninguna Universidad real y verdadera, según la naturaleza de la cosa. Y es necesario que comience a existir de nuevo la Universidad.

Segundo: porque, en todo caso, ya fuimos en la mocedad profesores de la Universidad oficial y en las condiciones exigidas por sus reglamentos en vigencia.

Tercero: porque los profesores de la Universidad Libre Argentina han probado suficientemente su amor a la Ver-

dad, prefiriéndola a la comodidad en la hora de la prueba.

EL FIN DE LA UNIVERSIDAD

El fin de la Universidad es la contemplación de la Verdad inmutable y el cuidado del alma de la Nación.

La Universidad es una institución definitivamente medioeval; nació en la vieja Ciudad Europea colmada por el espíritu y la sangre de generaciones que fueron disciplinadas en la Fe ilustradísima. Pero la Universidad que se levanta y se apoya en un suelo histórico, no está ceñida por el horizonte de la ciudad mortal. En cuanto es esencialmente una disciplina de la inteligencia, solo está sometida a las exigencias de la Verdad que trasciende todas las relatividades humanas y todos los límites temporales.

La Universidad es la institución corporativa de los maestros y de los estudiantes que se diversifica y jerarquiza según los grados del saber y de la Ver-

dad; es también el ordenamiento jurídico autónomo que protege el reposo de la contemplación y de la investigación pura, frente a las agitaciones de los hombres ocupados en la administración y en la economía de la ciudad.

El gobierno de la Universidad es naturalmente la autoridad de los que saben y enseñan sobre los que no saben y deben aprender para alcanzar, a su vez, la autoridad de la Sabiduría y de las ciencias. Cualquiera otra especie de gobierno corrompe y destruye a la Universidad.

LUGAR DE LA INTELIGENCIA EN LA VIDA DEL HOMBRE

Aristóteles, el maestro de la humana sabiduría, inicia su Metafísica con el siguiente enunciado: "Todos los hombres desean naturalmente saber". Esto significa que el saber es un fin y una perfección del hombre; la operación

propia y la que más necesita para su felicidad.

El acto de conocer es una contemplación, una actividad inmanente que comienza y termina en el sujeto y que, por lo tanto, se contiene en sí misma; es la plenitud de un reposo.

El alma inteligente se desprende de sus ligaduras inmediatas con los sentidos, con lo material y sensible, elevándose *en virtud de la abstracción*, a un mundo separado e impasible de imágenes y conceptos, donde contempla la intimidad palpitante de las cosas existentes fuera de ella y donde se contempla a sí misma como desde un mirador.

El alma, hasta la muerte, se inclina ante la hondura

Pidiendo un dios al agua, al agua que merece

el liso deslizarse de un cisne que se mece.

¡En esta onda nunca bebieron los rebaños!

(P. Valery: Frag. de Narciso)

La mirada inmóvil contempla finalmente la sombra del Supremo Inteligible reflejada sobre el ser y perfección de cada cosa. Y desde la visión refleja de la causa primera, la inteligencia conoce de nuevo y mejor a cada uno de los seres que antes conoció de un modo oscuro y fragmentario. Ahora sabe que el agua es agua, que el alma es alma y que Dios es Dios; sabe, por lo tanto, que cada ser tiene su lugar propio, su título de nobleza y su rango en la jerarquía del Universo.

Y el Filósofo culmina sus libros de Metafísica con el texto más luminoso, más elevado y más libre que haya escrito hombre alguno sobre la tierra:

“Tal es el principio del cual depende el cielo y la tierra. Es su vida, el acto de entender, también para nosotros, la más excelente, sólo que por breve tiempo nos es concedida. El goza siempre, lo que es imposible para nosotros, pero es un gran placer velar, sentir, pensar y, en razón de ello, esperar y recordar.

Si Dios está eternamente en aquella feliz condición que solo alcanzamos alguna vez, es cosa de maravillarse; pero si es todavía superior, será más maravilloso aún. Así El es. Y es también viviente porque el acto de entender es vida y El es ese acto: el acto que siendo por sí mismo, es en El vida-óptima y eterna. Afirmamos que Dios es ser viviente, eterno y perfecto, así que le pertenece una vida continua y una existencia siempre actual. Esto es Dios”.

Tal es el itinerario de la contemplación de la Verdad, a partir de la percepción de las cosas exteriores hasta el conocimiento intelectual de Dios, a través de la visión abstracta de las esencias de las cosas sensibles y del interior del alma en sus pasiones corporales y en sus actividades más puras.

Enseña Aristóteles que cuando el alma inteligente opera como un principio separado, el acto de conocer es superior a cualquier acto de virtud: si el entendimiento es algo divino con relación al

resto del hombre, la vida propia del entendimiento es una vida divina con relación a la vida ordinaria de la humanidad. Por lo tanto, no hay que prestar oídos a quienes aconsejan al hombre que solo piense en cosas humanas, y al ser mortal que solo piense en las cosas perecederas como él. Lejos de ello es preciso que el hombre se inmortalice tanto como le sea posible y que haga un esfuerzo para vivir en conformidad con el principio más noble de su ser”.

EL RÉGIMEN DE LA UNIVERSIDAD Y LA VIDA DE LA INTELIGENCIA

Si la Universidad es el lugar natural de la vida de la inteligencia separada, su régimen de gobierno no puede ser la copia ni el remedo de los regímenes múltiples y variables de las ciudades.

La ley de la Universidad es invariable como toda ley natural; es inmóvil como la Verdad que constituye la razón de ser y el fin de su existencia. El es-

tatuto de la Universidad no puede incluir un artículo 30 que diga: Esta constitución puede modificarse en todas o en cada una de sus partes.

La Universidad existe *en el Estado* pero no es una institución del Estado; debe ser reconocida, respetada y protegida por el Estado en su régimen natural y en su autonomía.

La Reforma Universitaria del 18 es la negación y la destrucción de la Universidad Argentina, por cuanto hace de la Universidad un remedo y una caricatura de la Ciudad.

La Reforma Universitaria del 18 es una adulación de la juventud. La Universidad es, en cambio, una exigencia y un rigor para la juventud.

A los que no saben y deben someterse a la disciplina de aprender, se los reviste con una máscara de fingida autoridad para dirigir y mandar. Los maestros son, cada vez más, hechura de los aprendices y todo su empeño consiste en halagar a los jóvenes.

La libertad de pensamiento deja de ser la autoridad de la Verdad para convertirse en la libertad ilimitada de opinión cuyo verdadero fundamento es "el pretendido derecho de la ignorancia a cualquier problema y a discutirlo todo".

El orden está subvertido y con la destrucción de la Universidad, se inicia la decadencia irremediable de la Ciudad puesto que la libertad política del Estado y las libertades sociales de la familia y de los gremios proceden del alma inteligente como de su causa próxima. Y el alma solo es libre en la posesión de la Verdad y en la vida de la Verdad, es decir, en el pudor y en la justicia que hacen posible la Ciudad de los hombres libres.

LA UNIVERSIDAD Y EL UNIVERSO

La Univesidad es un fruto de vida perenne en la Ciudad que envejece y muere como los hombres que nacen y se nutren de su historia.



La Universidad es el reflejo mental, la imagen viva, la idea del Universo: la realidad de las cosas y su orden inmutable están íntima y vitalmente presentes en la *Verdad* de la Sabiduría, de las ciencias y de las artes.

La Universidad es el universo del alma que conoce. Su fin trasciende, repetimos, la vida de la Ciudad cuya virtud y perfección es el *Bien Común*, al cual se ordena el hombre entero, el compuesto de alma y cuerpo que sustancialmente es.

La misión primera y principal de la Universidad no es la preparación del ciudadano para la vida pública, ni la superior capacitación profesional. Claro está que le compete de suyo, en cuanto el Bien Común se subordina a la Verdad y no es posible fuera de ella, la formación de la clase dirigente y el cuidado de la identidad moral de la Patria; así como asegurar la más alta idoneidad científica y técnica en las profesiones libres. Y es en este plano del saber práctico-

útil, *exclusivamente*, que la Universidad se modifica y necesita renovarse para responder a las exigencias del presente: el progreso incesante de las ciencias exactas y experimentales impone *la readaptación continua de esa parte subordinada de la Universidad*.

Pero la Universidad es para el hombre, ante todo, *ser*: el mejor ser y la perfección intelectual de su naturaleza en la Sabiduría. Su misión primera y principal es la formación del *docto*, del verdadero doctor: el que posee un saber universal (no enciclopédico) porque sabe las causas primeras y el principio de todas las cosas; y que, por razón de este saber puro y óptimo, es el que mejor enseña.

El sabio no es el que sabe mucho de una o de varias ciencias particulares y segundas (matemáticas, física, química, biología, psicología, etc.); tampoco el investigador paciente y sagaz que aumenta la ciencia experimental con nuevos y valiosos descubrimientos.

Sabio es el filósofo, cuyo perfil interior nos ha dejado Aristóteles en la *Ética* a Nicómaco y en la *Metafísica*; y cuyo arquetipo es el mismo Aristóteles, "el maestro de aquellos que saben".

La Universidad es el testimonio visible de la preeminencia intelectual sobre las virtudes prácticas, de la visión sobre la acción, de la teoría sobre la praxis, del ocio contemplativo sobre el trabajo manual o mecánico.

La parte superior y dirigente de la Universidad es inmóvil como la Verdad de los principios y de las esencias, cuyo conocimiento aumenta en profundidad, por ahondamiento en el mismo ser definido e inagotable; y no por sustitución de hipótesis anteriores por otras ajustadas al límite de experiencia alcanzado hasta el día de hoy.

En el principio fué el Verbo, declara la voz más antigua; y *no fué la acción*, como declaman, por igual, los corifeos del materialismo marxista y del pragma-

tismo plutocrático, empresarios de novedades precarias y terribles.

LA VERDAD REAL Y LAS APARIENCIAS DE LA VERDAD

Con el propósito de que se pueda apreciar debidamente la diferencia entre el real sentido de la Verdad que cultivaron las Universidades medievales de nuestra tierra hispánica, y las bastardas imitaciones de esa misma Verdad que nos envían, junto con los artefactos de su técnica prodigiosa, las grandes potencias anglosajonas, vamos a confrontar dos textos autorizados y representativos de una y otra posición.

El primero de los textos escogidos pertenece al Tratado sobre "La Verdad" de Santo Tomás de Aquino; y el segundo a la conferencia sobre "La concepción de la verdad según el pragmatismo" que pronunciara el difundido filósofo y psicólogo norteamericano Willian

James, en el Lowell Instituto de Boston a fines de 1906 y en la Columbia University de New York a comienzos de 1907. Y para que no quede duda acerca del valor representativo de la concepción de W. James, agregaremos un testimonio reciente del pedagogo yanqui John Dewey.

Nos dice Santo Tomás:

“Es de una doble manera que una cosa puede ser perfecta. De una primera manera, según la perfección de su propio ser que le conviene según la especie propia. Pero como el ser específico de una cosa es distinto del ser específico de otra, resulta que en toda cosa creada, a la perfección que ella posee, le falta tanto de perfección absoluta como perfección poseída en modo semejante, se encuentra en las otras especies: esto significa que la perfección de cada cosa considerada en sí, es imperfecta como parte de la perfección total del Universo,

que nace de la reunión de todas estas perfecciones particulares.

Y para que haya un remedio de esta imperfección, otro modo de perfección se encuentra en las cosas creadas, según el cual la perfección propia de una cosa, esa perfección misma, se encuentra en otra. Tal es la perfección del que conoce en tanto que tal; pues en la medida que conoce, lo conocido existe en él de una cierta manera...

Y según este modo de perfección es posible que en una sola cosa particular, exista la perfección del Universo entero”.

Esto quiere decir que el Universo todo cabe en una gota, siempre que sea una gota de alma inteligente: la naturaleza racional y su cualidad de conocimiento no son para el alma, *un límite inexorable que la encierra en ella misma y la excluye de los otros seres*, tal como la naturaleza específica y las cualidades sensibles son para todos los seres cor-

porales. Por el contrario, el conocimiento le permite al alma llegar a ser todas las cosas conocidas sin dejar de ser ella misma; la eleva a una existencia superior e ilimitada en la cual es, por su propia actividad, ella misma y los otros.

Hemos repetido mil veces la fórmula consagrada: *la materia es impenetrable*. Y así es en efecto: la magnitud, el volumen, el peso, la figura, la posición, el color, la dureza y las demás cualidades sensibles son individuantes y excluyentes; aíslan, dividen y rechazan a las cosas exteriores, las unas de las otras.

El espacio es el lugar de la exterioridad, donde las cosas están fuera de sí, en otro. El alma es el lugar de la interioridad donde el ser está en intimidad consigo mismo y con el otro en tanto que es otro. Por esto es que el alma que conoce es inmaterial, transparencia luminosa y límpida de su propio ser y del ser de las otras cosas; la vida más excelente y la más alta conciencia.

La Verdad es lo que es; la adecuación del intelecto a la cosa. La Verdad declara la identidad de cada ser consigo mismo y esa misma identidad en el alma que lo concibe. Si mi pensamiento es verdadero acerca de lo que es el agua y la sal, el pan y el vino, el alma y el cuerpo, entonces estos seres están en mi mente, en mis imágenes y conceptos, tal cual ellos son en su real y propia existencia.

Si bien el conocimiento intelectual se realiza por medio de representaciones, su término y objeto no son las representaciones, sino el ser mismo de las cosas conocidas. Hasta aquí Aristóteles y Santo Tomás.

Nos dice Willian James en el texto que confrontamos:

“La verdad es para nosotros un simple nombre colectivo definitorio *de los procesos de validación*, al modo que la salud, la riqueza, la fuerza, etc., son otros tantos nombres de procesos relacionados con la vida, también seguidos

a causa de que su prosecución alcanza un pago. La verdad es, pues, una construcción tal como la salud y la riqueza, fabricada en el curso de la experiencia... Lo absolutamente verdadero, en significación de aquello que no podrá alterar nunca la experiencia ulterior, es un punto ideal que se esfuma y hacia el que imaginamos convergerán algún día nuestras verdades temporales... Entre tanto hemos de vivir de lo que hoy llamamos verdad, estando dispuestos a llamarlo falsedad al día siguiente. La astronomía ptolemaica, el espacio euclidiano, la metafísica escolástica fueron *expedientes* que duraron siglos; más la experiencia humana se ha elevado sobre aquellos límites y ahora denominamos estas cosas solo relativamente ciertas, o ciertas dentro de ciertos límites de experiencia. Absolutamente son falsas, porque sabemos que aquellos límites eran casuales y pudieron haber sido trascendidos por pasados teorizantes exactamente al modo que lo son por los pensadores actuales.

Nuestra obligación de investigar la verdad constituye parte de nuestra general obligación de hacer lo que tenga resultado. Los *pagos* que aportan consigo las ideas verdaderas es lo único que nos impone como deber seguirlas... La verdad no tiene especies diversas de exigencias e imposiciones que la riqueza y la salud. Todas estas pretensiones son condicionales: los beneficios concretos que ganamos son lo que llamamos el cumplimiento de un deber”.

Todo comentario es obvio. El texto que acabamos de leer, se comenta por si solo y agota su explicación en la simple lectura. Es lícito y conveniente pronunciar conferencias populares, pero la vulgaridad no es lícita ni conveniente jamás.

La Verdad no es lo que es, insiste W. James en cada página; lo mismo que antes hiciera su maestro John Stuart Mill y continúa su discípulo John Dewey.

La Verdad es lo útil, el buen éxito, la

idea prácticamente eficaz y hasta el límite de su eficacia experimental. Y de esta disminución y envilecimiento de la inteligencia y de la Verdad, reducidas a la medida del hombre, del hombre inferior de los apetitos y de las necesidades materiales, resulta que la Verdad es un expediente y no una plenitud; que es un medio y no un fin, un recurso del animal superevolucionado y no la razón misma de la vida y de la muerte del hombre.

Para la concepción pragmática es un contrasentido y una insensatez la existencia de la Verdad para servir; no puede haber otras verdades fuera de las que sirven para usar, para un beneficio concreto, para un pago en salud, riqueza, comodidad o poderío materiales. Por esto es que el pedagogo yanqui Dewey continúa firmísimo en su sitio privilegiado, repitiendo en su robusta ancianidad: "La Verdad absoluta requiere absoluta obediencia. El reconocimiento de la relación de las ideas filosóficas con

las condiciones establecidas por la experiencia, promueve, por el contrario, la intercomunicación, el cambio y la interacción. Mediante estos procesos se modifican estas diferencias de opinión en el sentido del consentimiento. Son negociables" ("La Ciencia de la Educación").

Lo prudente, pues, no es dividir la verdad del error, ni el bien del mal, ni lo justo de lo injusto, sino acomodar un término con el otro para llegar a un equilibrio como en la diferencia de precios. Se trata de abandonar toda intransigencia como inoperante y ceder un poco para obtener la misma disposición en la otra parte. Así tendremos una "ley de precios" para las posiciones filosóficas e ideológicas contrapuestas.

Es un deber aclarar que existen en Norteamérica, reacciones fuertes y rec- tamente inspiradas en contra de esa mentalidad disminuída y servil. Una de ellas trascendió al público de hispano- américa con motivo de la inauguración

de los cursos de la Escuela Superior del Magisterio en esta Ciudad de Buenos Aires, el 1 de agosto de 1944. Veinte días después aparecía en la revista "Time", un artículo titulado "Dewey Stands Firm", en defensa de la corriente pedagógica que fuera examinada y rechazada en el Acto de referencia; destacaba, al mismo tiempo, una oposición semejante en los Estados Unidos, encabezada por el profesor Robert Maynard Hutchins de la Universidad de Chicago.

EL ORGULLO DE NUESTRO ORIGEN HISPÁNICO

La confrontación de estas dos posiciones mentales nos revela la superior y nobilísima tradición de inteligencia y de Verdad que heredamos de la Madre España.

Claro está que la preferencia por la Verdad inmutable que el hombre debe servir, puede acompañarse con el frac-

so en los negocios circunstanciales de la vida; pero sólo por sus reales caminos se renace a la eternidad del valor.

La Historia está llena de hazañosas empresas que fueron pésimos negocios, tales como las Cruzadas o el Descubrimiento y la Conquista de América. Y esto no significa que el español de la Conquista, por ejemplo, no haya tenido el más ajustado sentido de la realidad y de sus duras necesidades.

Por el contrario, no existe, no ha existido nunca, espíritu más acabadamente realista que el español; ni entereza mayor, por esto mismo, para afrontar las variaciones extremas de la fortuna.

Don Quijote, dechado y ejemplo de caballeros, es el testimonio irrecusable de ese hábito de las esencias y de los principios realísimos que distingue a la mente hispánica tradicional. Verdad es que le ocurre, a veces, andar los caminos del mundo tan absorbido en el misterio de las cosas y en la persecución del orden

justo que le vemos tropezar y caer de bruces o estrellarse contra tal o cual obstáculo fortuito. Y nuestra estimativa plebeya y ramplona nos hace apreciar que vive fuera de la realidad; que tiene sorbido el seso y está loco de remate.

No le perdonamos que se distraiga de lo accidental, de lo que es una vez y nunca más, por una extremada dedicación a lo que es sustantivo y eternamente valioso.

Pero Don Quijote, genio y figura del único Imperio libertador que ha existido sobre la tierra, no se cuida de las apariencias: su mirada continúa fija en lo hondo de las almas y su brazo fuerte y delicado está siempre pronto para el rescate de las esencias cautivas y de las dignidades humilladas.

¿Acaso la fuerza bruta que mueve las aspas de los molinos de viento no es el alarde de todos los gigantes que en el mundo han sido, son y serán?

¿Acaso cuando llama "altas doncellas" a las mozas del partido y ellas no

pueden tenerse de la risa, no es la mirada profunda y piadosa del caballero cristiano que reconoce en las infelices criaturas, la dignidad de la mujer, la doncellez perdida en la impudicia y en la humillación de todas las horas?

Y cuando discurre entre los hospitalarios cabreros acerca de la "dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados", cuando "no había el fraude, el engaño, ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza"; y los cabreros le escuchan "embobados y suspensos" ¿no es que se sienten arrebatados por la magia del verbo creador hasta la nostalgia del tiempo del esplendor original de la criatura humana?

Don Quijote, señor de piedad y de sapiencia, levanta con las manos graciosas y varoniles de las remontadas palabras y de las discretas y bien concertadas razones, a los caídos, a los humillados, a los menesterosos, a la humanidad derrotada y claudicante, hasta la altura de su

nobilísima condición y decoro de ser, hasta la excelencia de la imagen y semejanza de Dios.

Don Quijote es la España misma que se vino a América para enseñar a las gentes y abundar en justicia; y para hacer posible esta Argentina nuestra, así como es y queremos que sea.

Y frente a este quijotesco realismo, a esta palabra de verdad y de vida, reparemos en toda esa literatura seudocientífica del siglo XIX y lo que va del nuestro: ese cúmulo de construcciones ideológicas, hipotéticas y arbitrarias, que sustituyen la realidad de las cosas por simulacros groseros, por fantasmas pueriles y extravagantes: Recordemos, por ejemplo, al *transformismo darwiniano* que hace del hombre un mono diferenciado y a esos "sabios" abnegados que dedicaban la vida a explorar todos los rincones de la tierra en busca del "eslabón perdido"; a quienes sostienen con aparente seriedad científica que el pen-

samiento es una secreción del cerebro y a los que hacen de la corteza cerebral una fábrica de sensaciones a partir de puras vibraciones. Y no olvidemos a los que niegan la libertad moral del hombre en virtud del inexorable *determinismo cientificista* y luego se desgañitan en la plaza pública, defendiendo las libertades conculcadas por la opresión; y a los que niegan la función directriz de la conciencia y la someten a la regulación del subconciente turbio y oscuro.

Sería cosa de no acabar nunca empeñarse en los testimonios acumulados por la imaginación trasnochada de tanto pretendido "hombre de ciencia", pero corresponde citar un último ejemplo: esos entusiastas pregoneros del progreso indefinido o de la infinita perfectibilidad de la humanidad que se burlan de Don Quijote porque siente la nostalgia de la Edad dorada, del tiempo original del hombre; y proyectan, en cambio, a esa Edad de Oro en un *más allá siempre fu-*

tiro; meta ideal, eternamente fugitiva e inasible, hacia la cual corre la humanidad a sabiendas de que no puede ni debe llegar. Y a esto le llaman cordura y hablar en nombre de la ciencia.

He aquí la enseñanza que vienen soportando las sucesivas generaciones argentinas en las escuelas oficiales. He aquí las lecciones y lecturas que le "secan el cerebro" a la juventud y le hacen perder el juicio.

No cabe extrañarse del fracaso reiterado y del deplorable espectáculo de la clase dirigente e ilustrada en nuestro país. Todo comienza en la inteligencia y desde el 80 venimos forjando una mentalidad colonial, una incapacidad progresiva para la Verdad con la consiguiente debilitación del carácter en los hombres destinados a las funciones rectoras: maestros, profesores, profesionales y doctores.

El primer deber argentino es la restitución de la inteligencia al sentido del

ser y del valor de cada cosa; es decir, a su vida natural en el hábito metafísico de los principios y de las esencias que no excluye y, por el contrario, refuerza el cultivo de las ciencias prácticas y de las artes útiles manteniéndolas en su lugar propio e intransferible.

Y para el cumplimiento adecuado de este deber, hemos fundado la Universidad Libre Argentina.

SE TERMINO DE IMPRIMIR
EL 27 DE JUNIO DE 1946
EN CASA DE
DON FRANCISCO A. COLOMBO
HORTIGUERA 552
BUENOS AIRES